

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

EL MUNDO

“¿Pero usted en qué mundo vive?”. Esta frase coloquial me parece profundamente filosófica, porque reconoce una verdad evidente, pero difícil de ver: que todos estamos en la misma realidad, pero habitamos en mundos diferentes. Desde la ventana del hotel veo el paseo de Gràcia. Hace sol y está muy concurrido. Los peatones se detienen en un semáforo. Cuando se pone verde reanudan su marcha. Todos andan por la misma calle real, evitan los mismos obstáculos, suben o bajan los mismos bordillos de acera. Pero si pudiéramos ha-

cer un zoom al interior de su conciencia y conocer lo que en ese momento van pensando y sintiendo, nos sumergiríamos en una proliferación de situaciones distintas. Mientras cruza el paseo de Gràcia, cada peatón lleva consigo sus preocupaciones, sus proyectos, sus miedos, sus deseos, en resumen, su biografía entera. Llamamos “mundo” a esa peculiar asimilación e interpretación de la realidad que hace cada persona. Desde que nace, el niño se afana en construir el suyo propio. A la pregunta “¿Usted en qué mundo vive?”, todos damos la misma respuesta: en el mío. Este hecho provoca la riqueza de vida, pero también las tragedias de la comunicación. Nos ponemos con facilidad de acuerdo en aquellas cosas externas que se pueden contar y medir: la anchura del paseo de Gràcia y el número de semáforos o de coches. Pero cuando nos apartamos de esa constatación superficial, nos apartamos también de la realidad compartida. Unos somos

pesimistas y otros optimistas, tenemos una religión o ninguna, somos nacionalistas o no nacionalistas, egoístas o desprendidos. No es igual el mundo de un valiente que el de un cobarde. ¿Cómo podemos entonces entendernos? Pues con mucha dificultad.

Suelo poner un ejemplo a mis alumnos. Un grupo de turistas va a ver una catedral. Una parte del grupo entra en ella y la otra parte se queda fuera. Se comunican por los móviles. “¿Qué véis?”, preguntan los de afuera. “Unas vidrieras maravillosas, coloreadas, con flores y pájaros. ¿Y vosotros?” “No, las vidrieras que vemos nosotros son grises”. En

A PARTIR DE LA REALIDAD COMÚN CADA UNO PUEDE CONSTRUIR DESPUÉS SU MUNDO PRIVADO

efecto, el color de las vidrieras sólo se percibe desde dentro. ¿Son coloreadas o grises? ¿Quién tiene razón? Los dos. Cada uno se ha atendido a su experiencia. La solución para ponerse de acuerdo es que los que están fuera entren en la catedral y los que están dentro salgan. Así verán como

cada grupo tenía razón desde su punto de vista.

Pero hay otra solución más sabia. ¿No podríamos decir algo objetivo de las vidrieras, con independencia de la perspectiva en que las veamos? Sí. Podemos analizar el color de los cristales y explicar el fenómeno que produce la luz al pasar por ellos y llegar a nuestra retina. Me permite comprender lo que el otro ve, pero eso es sólo el primer paso. La incompreensión puede ser sustituida por un relativismo que plantea también problemas insolubles. Si todo es según el color del cristal con que se mira, puedo escoger el color que me dé la gana. La solución es que cada uno, desde su mundo personal, intente volver a la realidad común que nos sustenta, porque esa realidad, firme, objetiva, nos permitirá explicar también las diferencias en nuestra manera de percibirla. Esto es lo que hace la ciencia y lo que aspira a hacer la ética. Aquella pretende conocer la realidad común, la ética pretende construir la realidad común. La función de ambas es permitirnos vivir en una realidad compartida. A partir de ese lugar de encuentro, cada uno podremos construir después nuestro mundo privado. Creo que es una utopía muy razonable. ■



Raúl